

JOSE JOAQUIN PESADO.¹

JERUSALEM.

Gloriosa dicta sunt de te, civitas Dei.
SALMO LXXXVI, 8.

I

Morada del poder y los honores,
Corte de Dios un día,
Objeto de consuelos y terrores,
Prestigio de mi humilde fantasía:

¡Qué de veces, Salem, tus sumas glorias
A mi mente se ofrecen,
Y mezcladas con lúgubres memorias
Entre profundas sombras resplandecen!

Eres claro padrón, que levantado
Puso el dedo divino,
Para marcar al hombre esclavizado
La libertad que el cielo le previno.

Eres tú monumento sempiterno,
Eres viva enseñanza
Del amor y bondades del Eterno,
Y también de su enojo y su venganza.

1. Correspondiente de la Real Academia Española. Nacido en San Agustín del Palmar, provincia de Puebla, el 9 de Febrero de 1801. Muerto en México el 3 de Marzo de 1861.

¡Quién me diera gozarte y ver al vivo
En tus altas señales,
Las pisadas del tiempo fugitivo
Y de Dios los designios eternos!

¡Oh! si los sacros muros visitara,
Cual pobre peregrino,
En donde tú, Señor, la lumbre clara
Mostraste ya de tu poder divino!

Donde vaticinaron tus profetas
De tu Hijo la venida,
Y verdades sublimes y secretas
Mostraron á la tierra obscurecida:

Donde se presentara este Hijo amado,
Humilde y oprimido,
De los sabios y grandes despreciado,
Desecho de los hombres y abatido:

En donde derramó propicio y grato
Las luces y el consuelo,
Abriendo con su sangre al hombre ingrato
Los supremos alcázares del cielo!

II

Pues que una suerte contraria
En esta tierra me liga,
Encadenando enemiga
Los impulsos de mi amor;
Hágate el afecto acaso
Tocar lo que yo no veo,
Y en las alas del deseo
Alza el vuelo, corazón.

Junto á la rota muralla
Que á Jerusalem circunda
En la soledad profunda
El Eterno te hablará:

Allí escuchará benigno
Tus oraciones sencillas:
Prodigios y maravillas
A tus ojos mostrará.

No hay para el amor distancia,
Ni tampoco inconveniente:
Lo pasado y lo presente
Sabe en un punto juntar.

Paréceme que salvando
Selvas y montañas densas,
Las soledades extensas
Y la inmensidad del mar,

Se presentan á mis ojos
El monte de las Olivas,
Los estanques de aguas vivas,
El torrente de Cedrón;

Los sepulcros de los reyes,
Los escombros del santuario,
El santo monte Calvario,
Y la colina de Sión.

¡Salve! suelo sacrosanto,
Del hombre infeliz abrigo,
De su redención testigo,
Sagrario de santidad,

Asilo del inocente,
Del desgraciado patrono,
De revelaciones trono,
Y templo de la verdad!

¡Qué hermosas son en tus montes
Las plantas del que bendice
A los pueblos, y predice
Al cautivo libertad!

Del que anuncia á las naciones
Que ningún opreso gima,
Porque el Señor se aproxima
Y en el mundo reinará!

III

Felices los que oyeron
¡Oh Señor! de tu boca santa y pura
Las palabras y vieron
Tu modesta hermosura,
Gozando tu piedad y tu ternura!

Aquí les enseñabas:
Allí de tu poder muestras hacías:
Los enfermos sanabas:
La muerte destruías:
En todo, como Dios, resplandecías.

Brindabas á los niños
Tu amor: al infelice tus desvelos:
Al pobre tus cariños:
Al triste tus consuelos:
A todos con la herencia de los cielos.

Y porque tú alumbraste
Del hombre las tinieblas y ceguera,
Y benigno curaste
De su culpa primera
La horrible llaga, inveterada y fiera:

Yaces ¡ay! enclavado
A una cruz, sobre el Gólgota pendiente:
Del pecho lastimado
Lanzando tristemente
Suspiro profundísimo y doliente.

Como trozado lirio
Que sufre del Agosto los rigores,
Yaces con el martirio:
Cargaste mis errores,
Y eres varón de penas y dolores.

Tus entrañas traspasa
El dolor, y de tu alma se apodera:
Ardiente sed te abrasa:
Tu aliento se acelera:
Tu corazón se funde como cera.

¡Oh pueblo descreído,
Sordo á las voces y al ejemplo ciego!
La sangre que has vertido
Vendrá sobre tí luego:
Tu crimen vengará con hierro y fuego.

Ya sobre tí fulmina
Su rayo vengador, airado el cielo.
La compasión divina,
Al predecir tu duelo,
Lágrimas derramó sobre tu suelo.

IV

Cuando aquesta ciudad delincuente
Se manchó con la sangre del Justo,
Un acento incesante, robusto,
Fatigaba los ecos doquier.

Con proféticas voces revela
Los arcanos del tiempo futuro:
“¡Ay del pueblo, del templo, del muro!
“¡Ay de tí, desdichada Salem!”

En el aire, de sangre teñido,
Escuadrones de ardientes guerreros
Con clarines, banderas, aceros,
Discurrir combatiendo se ven.
Despeñados después los recibe
En sus senos el báratro oscuro:
“¡Ay del pueblo, del templo, del muro!
“¡Ay de tí, desdichada Salem!”

Los levitas oyeron de noche
Dentro el SANCTA SANCTORUM agosto,
De pavor penetrados y susto,
Pasos de hombres huyendo en tropel;
Y una voz que pronuncia: *Salgamos
Presto, presto del sitio inseguro:*
“¡Ay del pueblo, del templo, del muro!
“¡Ay de tí, desdichada Salem!”

El conuento del arpa y salterio,
Y los ecos del gozo callaron:
Los ancianos sus voces alzaron,
Los mancebos gimieron también:
Vanos son de la virgen los lloros,
Es del mago impotente el conjuro:
“¡Ay del pueblo, del templo, del muro!
“¡Ay de tí, desdichada Salem!”

De furor el Romano ceñido
A tí viene frenético y ciego:
Le precede la muerte y el fuego,
El espanto le sigue después:

Y te cerca, y te estrecha, y te intima
 Su decreto terrífico y duro:
 "¡Ay del pueblo, del templo, del muro!
 "¡Ay de tí, desdichada Salem!"

Fuertes lazos te cercan de muerte,
 Hambre, espada, dolor te circundan,
 Tus recintos de sangre se inundan,
 En tí reina mortal palidez:

Estallando tus puertas, dan paso
 Al gentil, al profano, al impuro:
 "¡Ay del pueblo, del templo, del muro!
 "¡Ay de tí, desdichada Salem!"

Alza el soplo de la ira divina
 En tu seno una súbita llama,
 El incendio voraz se derrama
 Y consume tu vana altivez:
 Toda envuelta en torrentes de fuego
 Ya no ofreces un punto seguro:
 "¡Ay del pueblo, del templo, del muro!
 "¡Ay de tí, desdichada Salem!"

V

¿Dónde están de la flébil elegía
 Los tristes ecos, el amargo llanto?
 ¿Do están que no acompañan la voz mía
 En tan duro quebranto?

Cayó Sión de su elevado asiento,
 El Señor la apartó de su memoria,
 Trocó en pena y suspiros su contento,
 En afrenta su gloria.

Cubrió sombra de muerte su hermosura,
 Negra mancha su cándido decoro,
 Perdió su estima, cual con liga impura
 Pierde su precio el oro.

¡Cómo yace desierta y desolada
 La que un tiempo humilló pueblos enteros!
 ¡La señora del mundo esclavizada
 Llora sus males fieros!

Su grandeza y beldad están perdidas,
 Sus calles enlutadas y desiertas,
 Sus torres y murallas derruidas,
 Destrozadas sus puertas.

Asentados en tierra sus ancianos
 Sobre ceniza vil, gimen dolientes;
 Sus vírgenes también con lloros vanos
 Humillaron sus frentes.

Mi vista con el llanto se oscurece
 Al contemplar escenas tan extrañas;
 Mi voz entre sollozos enmudece,
 Se rompen mis entrañas.

VI

¡Cómo yace entregada
 Hoy á letal olvido
 La ciudad, á quien antes
 Miró el cielo benigno!

Finó, Solima bella,
 Tu popular bullicio,
 Y tristeza afrentosa
 Domina en tu recinto.

Cuando tiende la noche
Su manto denegrado,
Se cruzan por tus plazas
Tristísimos suspiros.

Cayó Salem, prorrumpen
Los ecos adormidos,
Cayó, también responden
Los montes convecinos.

No de Gión la fuente
Vierte raudales limpios,
Para regar los huertos
De higueras y de olivos:

Hora sus aguas turbias,
Con lánguido ruido,
Se arrastran torpemente
Entre zarzas y espinos.

En vano con su acero,
Quiso el cruzado altivo
Reconquistar tu gloria,
Dándote nuevo brillo.

Sus triunfos se pasaron
Cual pasa el torbellino,
Que en pos tinieblas deja
Y truenos y granizo.

Y vino el agareno
Cual tigre enfurecido,
Y te cerró en sus garras
Con hórridos rugidos.

También el Idumeo
Bajando de sus riscos,
Dividió por despojos
A tus inermes hijos;

Llevándose delante,
Cual mudos corderillos,
Con despiadada vara
Tus vírgenes y niños.

Sin reyes y sin pueblo,
Templo ni sacrificio,
Eres de tus contrarios
La presa y el ludibrio.

De los nuevos esposos
Las voces de cariño,
Ya no en tu triste espacio
Halagan los oídos.

Todo es pavor y llanto,
Todo es dolor esquivo.
¡Cuán largo es tu tormento!
¡Cuán duro tu castigo!

Cercada de tinieblas,
Hundida en un abismo,
Jamás te mira el cielo
Con ojos compasivos.

¡Pobrecilla! agitada
De un mar embravecido,
No hay quien de tí se duela
Ni alivie tu martirio.

Cuando pisa tu suelo
El pobre peregrino,
Ultrajes y rigores
Participa contigo.

El tirano que ostenta
En tí su cetro indigno,
La piedad que te muestran
Castiga cual delito.

¡Oh, si pudiera acaso
 Darte yo algún alivio!
 Mas ¡ay! que nada puede
 Mi canto dolorido!

VII

Con lágrimas amargas contemplaba
 Aquel funesto estrago, y el suspiro
 Mi lastimado pecho trabajaba:

Cuando vuelto de un éxtasis me miro,
 Al resplandor de fósforo distante,
 Colocado en un árido retiro.

El Espíritu Eterno en un instante
 Allí me trasladó; su diestra fuerte
 Me llevó cual relámpago brillante.

¡Espantoso lugar, do se convierte
 En polvo la creación, y se dilata
 El pavoroso reino de la muerte!

Una serie de rocas ciñe y ata
 De una parte sus lindes; el Mar Muerto
 Baña por otra aquella tierra ingrata.

Al extender la vista en el desierto,
 De secos esqueletos descarnados
 El infecundo suelo ví cubierto.

Y de cráneos y huesos separados,
 De sus primeros troncos divididos,
 En confuso desorden hacinados.

Nunca experimentaron mis sentidos
 Sensación más intensa de amargura,
 Ni á compasión mayor fueron movidos.

Entonces se apagó la llama pura
 Que brillaba serena y esplendente,
 Y sus alas tendió la noche oscura.

Poseído de horror bajé la frente,
 Y al suelo la incliné con triste lloro:
 Después, volviendo el rostro hacia el Oriente,

Mientras á Dios en mi aflicción imploro,
 Miro escrito entre luces en el cielo
 El nombre de JEHOVÁH con letras de oro.

“¡Oh tú, fuente de vida y de consuelo!
 Dije con voz rendida y fervorosa,
 ¿Por qué destruyes tu obra en este suelo?

¿Al seno de la nada tenebrosa
 Entregarás ¡oh Padre! tus hechuras,
 Trasuntos de tu ciencia portentosa?

Muévante á compasión las penas duras
 A que nacen tus hijos condenados:
 No les niegues del todo tus dulzuras.”

En esto se agolparon mil nublados,
 Y cercaron mis ojos de repente,
 Dejándolos en sombras sepultados.

En nueva turbación cayó mi mente,
 Y en hondos pensamientos sumergida,
 Vagaba en lo pasado y lo presente.

Una lumbre de lo alto procedida
 Por la tercera vez brilló á mis ojos,
 Y una seña de paz esclarecida

Disipó de mi pecho los enojos:
 Un Arcángel en medio despedía
 Resplandores clarísimos y rojos.